

admirables cambios vemos en las estaciones y en los tiempos, qué variedad de instintos en los animales, qué diversidad de especies en las plantas, de hermosura en las flores y de sabor en los frutos! «¿A quién se ha manifestado la Sabiduría?» (Sal 106, 43) Solamente él comprenderá estos misterios de la naturaleza.

34. La Sabiduría los ha revelado a los santos, como leemos en sus vidas; y tanto se maravillaban a veces viendo la hermosura, la dulzura y el orden de la divina Sabiduría, aun en las cosas más diminutas, como una abeja, una hormiga, una espiga de trigo, una flor, un gusanillo de la tierra, que quedaban arrobados y extasiados.

2. En la creación del ser humano

1º. El ser humano vivo retrato de la divinidad

35. Si el poder y la dulzura de la Sabiduría eterna ha brillado tanto en la creación, belleza y orden del universo, todavía resalta más en la creación del hombre, ya que es su estupenda obra maestra, imagen viva de su belleza y perfecciones, el gran vaso de sus gracias, el admirable tesoro de sus riquezas y su único vicario sobre la tierra: (Sb 9, 2. El texto original dice «Sapientia tua fecisti hominem ut dominaretur omni creaturae quae a te facta est». - Montfort parece citar de memoria.)

36. Para honra y gloria de esta bella y poderosa obrera y sería menester explicar aquí la hermosura y excelencia original que de ella recibió el hombre cuando le creó; pero el pecado infinito que cometió (Todo pecado tiene cierta infinitud en cuanto es ofensa de Dios infinito.), cuyas tinieblas y salpicaduras recayeron también sobre mí, desgraciado hijo de Eva, de tal manera ha entenebrecido mi entendimiento, que no puedo hablar de ella sino muy imperfectamente.

37. Hizo, por decirlo así, copias y trasuntos resplandecientes de su entendimiento, de su memoria y de su voluntad, y las infundió en el alma del hombre para que fuera el vivo retrato de la divinidad; encendió en su corazón una hoguera de puro amor de Dios; formó para él un cuerpo del todo luminoso y encerró en él, como en compendio, toda la diversidad de perfecciones de los ángeles, de los animales y de las demás criaturas.

38. En el hombre, todo era luminoso, sin tinieblas; hermoso, sin fealdad; puro, sin mancha ni imperfección alguna. Tenía como patrimonio la luz de la Sabiduría en su inteligencia, por medio de la cual conocía perfectamente a su Criador y a las criaturas; poseía la gracia de Dios en su alma, por la cual era inocente y agradable a los ojos del Altísimo. Su cuerpo estaba dotado de inmortalidad. Ardía en su corazón el puro amor de Dios sin temor a la muerte, que le movía a amarle de continuo, sin interrupción y desinteresadamente, sólo por amor de Dios mismo. En fin: era tan divino, que vivía habitualmente fuera de sí, transportado en Dios, sin pasión alguna que vencer ni enemigo alguno contra quien luchar. ¡Oh liberalidad de la Sabiduría eterna para con el hombre! ¡Oh feliz estado del hombre en la inocencia!

2º. Desgracia suprema del pecado

39. Pero ¡oh desgracia sin igual! Ese vaso del todo divino se quiebra en mil pedazos; esta hermosa estrella cae; este hermoso sol se cubre de lodo; el hombre peca, y pecando pierde su sabiduría, la inocencia, la hermosura y la inmortalidad. En fin, pierde todos los bienes recibidos y se ve asaltado por una infinitud de males. Su espíritu, embotado y ofuscado, ya nada ve (En el orden sobrenatural ha de entenderse; y en proporción, lo que sigue.); su corazón es de hielo para con Dios: ya no le ama; su alma está negra de pecados: se asemeja al demonio; sus pasiones están completamente desordenadas: ya no es dueño de ellas. No tiene otra compañía que la del diablo, en cuya morada y esclavo se ha convertido; las criaturas le acometen, le hacen la guerra. ¡He aquí al hombre convertido en un instante en esclavo de los demonios, objeto de la cólera de Dios y víctima de los infiernos!

Se encuentra tan repugnante a sí mismo, que, avergonzado; se esconde. Se ve maldecido y condenado a muerte; se le arroja del paraíso terrenal y pierde sus derechos al cielo; se ve obligado a llevar, sin esperanza alguna de felicidad, una vida desgraciada sobre la tierra maldita. Debe morir como criminal, y después de su muerte, lo mismo que el demonio, ser condenado en cuerpo y alma, él y todos sus descendientes.

Esa fue la espantosa desgracia en que el hombre cayó pecando; ésa fue la sentencia equitativa que la justicia de Dios pronunció contra él.

40. Hallándose en este estado, la situación de Adán parecía desesperada; ni los ángeles ni las demás criaturas podían remediarle. Nada era capaz de restaurarle, porque había sido demasiado hermoso y perfecto en su creación, y quedó, a consecuencia del pecado, asqueroso y repugnante en demasía. Vióse arrojado del paraíso y de la presencia de Dios. Contempló a la justicia de Dios persiguiéndole a él y a toda su posteridad; entrevió el cielo cerrado y abierto el infierno, sin que nadie pudiese abrirle el uno y cerrarle el otro.

CAPITULO IV

Prodigios de bondad y de misericordia de la Sabiduría eterna antes de su encarnación

41. La Sabiduría eterna conmuévase vivamente ante la desgracia del pobre Adán y de toda su posteridad. Contempla con suma pena el vaso de honor hecho pedazos, rasgado su retrato, aniquilada su obra maestra, derribado su vicario en la tierra. Da tiernamente oído a sus gemidos y a sus clamores. Ve complacida los sudores de, su frente, las lágrimas de sus ojos, la fatiga de sus brazos, el dolor de su corazón y la aflicción de su alma.

1º. El Decreto de la Encarnación

42. Me parece ver a esta amable Soberana convocar y reunir por segunda vez, digámoslo así, a la Santísima Trinidad para restaurar al hombre, al igual que hiciera cuando lo formó. Me figuro que en ese magno consejo tiene lugar una especie de combate entre la justicia de Dios y la Sabiduría eterna.